

Ulises Barrera

ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO

Ulises Barrera

Periodismo y empatía



ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO

Buenos Aires

2001

Foto de tapa: ANA SÁNCHEZ ZINNY

Editorial Dunken - M. T. de Alvear 2337 - Capital Federal

Tel. Fax: 4826-0148 - 4826-0141

E-mail: *info@dunken.com.ar*

Página web: *www.dunken.com.ar*

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723

Impreso en la Argentina

© 2001 Academia Nacional de Periodismo

ISBN 987-98566-2-7

ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO

Miembros de número

MARTÍN ALLICA	MARIANO GRONDONA
ARMANDO ALONSO PIÑEIRO	ROBERTO PABLO GUARESCHI
ULISES BARRERA	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
RAFAEL BRAUN	LAURO LAÍÑO
RAÚL H. BURZACO	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
NAPOLEÓN CABRERA	LUIS MARIO LOZZIA
CORA CANÉ	FÉLIX LUNA
JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS	ENRIQUE J. MACEIRA
NELSON CASTRO	ENRIQUE M. MAYOCHI
JORGE CERMESONI	ALBERTO J. MUNIN
JUAN CARLOS COLOMBRES	ENRIQUETA MUÑIZ
DANIEL ALBERTO DESSEIN	ENRIQUE OLIVA
JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO	FRANCISCO A. RIZZUTO
FERMÍN FÈVRE	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
ROBERTO A. GARCÍA	RAÚL URTIZBEREA
OSVALDO E. GRANADOS	BARTOLOMÉ DE VEDIA

Miembro correspondiente en la Argentina

EFRAÍN U. BISCHOFF (Córdoba)

Miembro correspondiente en el Extranjero

MARIO DIAMENT (Estados Unidos)

Mesa Directiva

Presidente:	JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Vicepresidente 1º:	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
Vicepresidente 2º:	ENRIQUE JOSÉ MACEIRA
Secretario:	ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Prosecretaria:	ENRIQUETA MUÑIZ
Tesorero:	ALBERTO J. MUNIN
Protesorero:	FERMÍN FÈVRE

Comisión de Fiscalización

Miembros titulares:	FRANCISCO A. RIZZUTTO DANIEL ALBERTO DESSEIN JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS
Miembros suplentes:	NAPOLEÓN CABRERA CORA CANÉ

Comisiones

Admisión:	BARTOLOMÉ DE VEDIA DANIEL ALBERTO DESSEIN ARMANDO ALONSO PIÑEIRO ENRIQUE J. MACEIRA ALBERTO MUNIN
Biblioteca, Hemeroteca y Archivo:	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT ENRIQUE J. MACEIRA FÉLIX LUNA JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS
Concursos, Seminarios y Premios:	ROBERTO PABLO GUARESCHI RAFAEL BRAUN FERMIN FÈVRE LAURO LAÍÑO FRANCISCO A. RIZZUTO
Publicaciones y Prensa:	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY NAPOLEÓN CABRERA JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS FERMÍN FÈVRE

“Periodismo y empatía” se tituló la disertación pronunciada por el académico de número Ulises Barrera el 9 de agosto de 2000 en el Museo Mitre, ocasión en que quedó incorporado de manera formal a nuestra corporación, en la que ocupa el sillón que recuerda al ilustre periodista deportivo Joaquín Carballo Serantes, quien popularizó el seudónimo Fioravanti. El presente volumen reproduce ese texto y otros trabajos de Barrera, así como el correspondiente discurso de recepción, que estuvo a cargo del presidente de la Academia, doctor José Claudio Escribano.

DISCURSO DEL DOCTOR ESCRIBANO

Me toca presentarles a Ulises Barrera en esta sesión pública con la cual la Academia Nacional de Periodismo lo integra a sus filas.

Hay mil maneras de penetrar en la trayectoria profesional de este maestro de periodistas. Sin embargo, voy a comenzar a hacerlo por lo que sugiere la figura entera del hombre que está a mi lado.

Se trata del caso excepcional de un colega que, valiendo como tal en la alta medida en que lo considera la opinión pública del país, es antes que nada una persona transparente en la totalidad de sus facetas: como esposo, como padre, como docente, como compañero de tareas y, ya en el área específica de esta corporación, un periodista cuyo entendimiento deportivo y el estilo para manifestarlo lo señalan desde hace décadas como un modelo de profesional.

A Barrera las oportunidades no le llegaron ni pronto ni fácilmente. Las buscó con ahínco, con sacrificio desde que en la humilde infancia se vio privado de la formación educativa sistematizada que debería haber estado siempre al alcance de todos, al menos porque ésa es la igualdad que garantiza la Constitución Nacional. Barrera compartió privaciones con otros muchachos de su generación que luego harían fructificar sus inquietudes de crecimiento a través de los distintos oficios de las artes gráficas.

Si hoy estuvieran aquí algunos de aquellos viejos linotipistas y tipógrafos cuya formación cultural de autodidactos afortunadamente alcanzaba, hasta en las mejores redacciones, para salvar las lagunas sintácticas y ortográficas insospechables en no pocos periodistas, compartirían, mejor que otros, que no

es un hecho del azar que un hombre que trabajó primero en el taller de un diario, antes de hacerlo en su redacción, sea recibido como nuevo miembro de la Academia Nacional de Periodismo.

Ya no hay tipógrafos, tampoco linotipistas ni sacapruebas, pero la tecnología informática, cuyos prodigios incesantes no terminan de asombrarnos, nunca podrá reemplazar la creatividad, el conocimiento y el carácter con que se construyen los grandes contenidos periodísticos, que son en definitiva la sustancia de nuestra actividad. Como esos con los cuales Barrera dotó a su carrera de periodista desde aquella tarde de 1949 cuando un editor le encomendó que fuera al Luna Park para cubrir las peleas por el entonces popular campeonato de los “guantes de oro” y las artes gráficas perdieron así a uno de sus hijos, pero el periodismo incorporó a una de sus figuras verdaderamente valiosas.

Hoy damos la bienvenida al colega que comenzó sus actividades en las publicaciones de la antigua editorial Haynes: *El Mundo*, *Mundo Argentino*, *El Hogar*, *Mundo Deportivo* y las extendió, en el campo de la prensa gráfica, en más de ochenta títulos periodísticos de todo el país. Llenó tantas páginas con sus comentarios que no siempre pudo firmar como Ulises Barrera: unas veces fue Hernán Rogot, y otras, Américo Hernández, porque los editores preferían disimular el hecho de que era uno solo, en realidad, el comentarista deportivo que se atrevía a tanto y a decirlo tan bien. ¿Y qué radio, además, o canal de televisión del país ha carecido en algún momento de la voz inconfundible de este periodista reflexivo, que cuando habla enseña, y sobre todo enseña que no es con la torpeza del lenguaje con la que un periodista obtiene el respeto público. Joaquín Carballo Serantes (Fioravanti).

Pronto cumplirá cincuenta años de su aparición *Puños olímpicos*, el libro escrito por Barrera en su mocedad, pero suficiente como muestra de que desde siempre el autor ha dominado el arte del buen decir.

Conozco, precisamente, pocos periodistas tan cuidadosos como Barrera con el idioma, y esto se observa, aun con más elocuencia que en sus escritos, en el comentario oral de transmisiones deportivas radiofónicas o televisadas que han hecho de él uno de los periodistas más celebrados del país.

La escritura está siempre presidida por un acto de reflexión, pero ante el micrófono o una pantalla, en la situación de seguir a tambor batiente un combate entre pugilistas o las alternativas de cualquier otra competencia, las palabras se liberan caudalosamente, precipitadamente, y el cronista y el comentarista, impelidos a seguir sin detenerse el vértigo de las acciones, quedan poco menos que subordinados a la compulsión de sus reflejos. Los reflejos de Barrera son espléndidos, pero la verdad es que él también tiene de tal forma dominado el uso de la palabra que ninguna circunstancia, por apremiante que fuere, le ha impedido embellecerla.

Barrera ha sido, esencialmente, cronista de un solo deporte, el boxeo, el cual ha historiado desde sus comienzos y sobre el cual ha dejado registros tan pasmosos para esta época como aquella pelea entre Jack Burke y Andy Bowen, que duró la friolera de 110 *rounds*. Escucharon bien: 110 *rounds*.

Barrera es un periodista de conceptos mucho más que de datos, aun cuando sobre el boxeo lo conozca todo, incluso lo que no pocos entrenadores ignoran, por la simple razón de que cumplió siempre una regla de oro de nuestra actividad, que es la de informarse por intermedio de los que saben. Sus conocimientos están asentados sobre una formación vasta y rigurosa, como que no sólo es egresado en periodismo, sino que también incursionó en otras disciplinas: el derecho, la sociología y la psicología aplicada al deporte, respecto de la cual –en una más entre tanta inquietudes docentes– integra una cátedra de posgrado en la Universidad de Buenos Aires.

Este salón era apropiado para una exposición sobre el deporte, ya que tanto Mitre, como Sarmiento escribieron sobre una actividad que el hombre ha realizado desde tiempo inme-

morial. Presiento, sin embargo, a juzgar por el título de la conferencia, que el humanista prevalecerá sobre el gran comentarista deportivo y Barrera nos atrapará esta noche con reflexiones válidas en cualquier orden de la vida social. Porque sin empatía, es decir, sin preocuparnos qué piensan, qué sienten los otros, es difícil, y hasta absurda, la convivencia.

PERIODISMO Y EMPATÍA

Tengo presente desde hace mucho tiempo un mensaje de Sofía Prokoffieva: “Todo hombre tiene en su interior un sonido bajito, su nota, que es la singularidad de su ser, su esencia. Si sus actos no coinciden con esa nota, ese hombre no tendrá felicidad”. ¿Será esa lejana melodía la que me trajo aquí?...

Cuando recibí el impensado mensaje que trajo la noticia de mi incorporación a la Academia, tuve presente un párrafo del discurso con que el doctor Claudio Escribano aceptó presidirla. Dijo, en ese particular momento: “Los honores no se piden, se reciben”. Concepto que comparto, sin dejar de señalar que tales honores comprometen porque, al igual que los conocimientos, no nos hacen más importantes sino más responsables.

Cuando marché por primera vez hacia el jerarquizado Colegio (instalado en el mismo predio de la Biblioteca Nacional), volvió a mi mente cierta página no olvidada. En una casa con jardín, rodeada de bosques, el héroe mítico Academos había hecho construir un gran gimnasio, y también un campo deportivo considerado el más importante del Atica. Tiempo después, el filósofo griego Platón bautizó ese lugar con el nombre de *Academia*, en recuerdo del primitivo amo; y allí instruía a sus numerosos discípulos sobre filosofía, matemática y *ejercicios físicos*, dato este último que a tantos asombra. Como el de saber que Platón fue atleta olímpico al igual que Pitágoras, quien obtuvo dos veces triunfos en pugilato. Muchos años después, el poeta latino Juvenal, autor de las conocidas *Sátiras*, con las que atacaba las costumbres corruptas de Roma, nos legó una máxima que hoy tiene limitada vigencia y apenas sobrevive en la literatura deportiva. En la *Sátira Décima* sentenciaba: “El hom-

bre inteligente primero pide al Cielo la salud del espíritu, y luego la salud de su cuerpo”. Ese es el verdadero sentido que campea, por sobre las diferentes interpretaciones que se atribuyen al repetido corolario *Mens sana in corpore sano*, con que el inspirado vate trató de enfatizar el ideal de la perfección humana, que provenía de aquella primera academia.

Cuando me senté a la mesa de las deliberaciones, observando a mis pares tuve presente al profesor Teódulo Domínguez, que realzó, para quien habla, un sugestivo concepto en su libro *Pragmática periodística*, con el que se propuso identificar al periodista dentro de las variadas denominaciones con que se lo conoce: trabajador de prensa, persona que ejerce una ocupación a la que llaman oficio, o profesional de una actividad a la que también califican de ciencia y arte. Tras algunas reflexiones, Domínguez concluye que “el adjetivo más idóneo debiera de ser el de *profesante*. Quien profesa supera la meta circunstancial del acto profesional. Porque el auténtico periodista, que es rentado en tanto recibe una remuneración, trasciende en cada momento su papel, es decir, da, se entrega, no mide tiempos ni esfuerzos, va más allá de lo pecuniario, a lo que en casos ni tiene en cuenta, como que llega a arriesgar la propia vida en el cumplimiento de su misión”.

Profesantes han sido y son los académicos que magnánimamente me han aceptado, y ante quienes deseo expresar mi gratitud por el alto privilegio otorgado, fruto indudable de una generosidad exorbitante, como lo expuesto por el señor presidente, doctor Escribano, en sus palabras de bienvenida, que ignora las limitaciones de este inmérito nuevo miembro.

Cuando tomé conocimiento de que el patrono del sillón que ocupo responde al implícito homenaje rendido a Joaquín Carballo Serantes (Fioravanti), releí parte de un manuscrito suyo que constituye un verdadero autorretrato: “Escribir o hablar de deporte es mi profesión. Al deporte le debo los viajes, el conocimiento de miles de personas y cuanto en su derredor se desarrolla. Lo quise y lo quiero limpio, honesto, altivo, irreprochable”.

Así era Fioravanti, limpio, honesto, altivo, irreprochable, maestro del buen decir, que en sus transmisiones radiales y artículos en la prensa escrita enseñó a muchos el correcto uso del idioma. Y que fue caballero y señor en el más alto sentido de ambos vocablos. Sinceramente, me siento muy honrado por el respaldo de esta otra distinción que se me ha conferido.

Cuando hube de titular esta plática, deambulé entre titubeos y reflexiones, desafíos a los que estamos habituados a cada instante los hombres y mujeres de prensa. Me detuve entonces ante el Estatuto de nuestra academia, en cuyo capítulo referido a Fines inaugura el artículo 2 con esta determinación: “Acreditar la función del periodista como agente dinámico de la cultura, e intérprete y orientador de la opinión pública”.

Al evaluar tal incumbencia, como integrante del instituto, torné a una pauta constantemente subrayada por el doctor Enrique Pichon Rivière; él habló siempre de “ese contraste que más sorprende al médico en el ejercicio de su tarea (a la que comparaba con la nuestra de periodistas), y consiste en descubrir que nunca se está frente a un hombre aislado, sino ante un emisario; en comprender que el individuo como tal es el portavoz de una situación protagonizada por miembros de su categoría grupal”.

Considero que no es posible fragmentar al ser humano. Y que no se lo puede desconocer como integrante de grupos sociales, desde el de la familia nuclear hasta el comunitario, con los que está ligado y comprometido.

Es aquí donde me permití incluir el concepto de *empatía*, palabra griega que significa *sentir dentro*, y que sugiere *percibir, asimismo, lo que el otro siente dentro de sí*. El sentir y el pensar no siempre se expresan verbalmente, sino también a través de lenguajes gestuales, de miradas y hasta de significativos y poblados silencios. Este modo intuitivo del conocimiento de los otros favorece más la comprensión de los fenómenos sociales que nos atañen.

Cuando medité, finalmente, sobre la presente propuesta, traté de no caer en alguno de los tantos *ismos*, que nos entumecen.

Dice Ortega y Gasset que “la realidad es aquello con lo que nos topamos. Y si cuando uno topa con una realidad, deja que ésta fluya tal cual es y no la simplifica, no la falsea, no la ignora, se encontrará con su plena totalidad”.

El colega Bartolomé de Vedia, en su editorial de la Publicación N° 2 de la Academia, destaca: “La función de los órganos periodísticos no puede examinarse con un criterio reduccionista y esquemático, despegado del contexto general en el cual se desenvuelve. Hace falta una visión integral del problema, que tome en cuenta los complejos entramados culturales y sociales, que determinan y condicionan los flujos informativos de este tiempo”. Y más adelante subraya: “La misión del hombre de prensa es poner orden en esa maraña, en la que quedan envueltos todas las mañanas lectores, oyentes, televidentes, en suma, el ciudadano, que se despierta con la sensación de que el caudal informativo se ha convertido en un potro desbocado e indomable”.

Félix Laíño señaló, a su vez, respecto de tal criterio, “la necesidad de lograr mensajes unívocos, si no queremos sumarnos a la anarquía cultural en que hemos caído, a consecuencias del divorcio entre quienes oyen y miran, frente a los que leen y reflexionan”. Con lo que apuntó al infrecuente hábito de pensar que se constata a diario en amplios sectores de nuestra comunidad.

Por todo ello es por lo que he considerado apropiado hablar de empatía.

Asimismo, y dado el inevitable perfil propio adquirido por haberme desempeñado en el ámbito del deporte desde hace más de cincuenta años (aún lo sigo haciendo), corresponde dar un marco referencial a esta especialidad periodística.

Antes que hablar de deporte, sugiero enfocar previamente un tema que está en su raíz: el juego. El juego es tan viejo como la cultura, porque presupone una sociedad humana, aunque los animales, salvajes o domésticos, no han necesitado que el hombre les enseñara a jugar.

Quizá deba apuntarse una diferencia: en el escenario selvático los cachorros combinan, con sus juegos espontáneos, movimientos que denotan la necesidad de aprender a cazar presas o a huir de los depredadores.

Sin embargo, desde la simple observación puede captarse que tanto los animales salvajes como los domésticos saltan, corren, se exhiben, hacen gala de fuerza y dominio del oponente en especies de luchas muy elementales, y también pujan en entretenimientos que tienen por objeto mostrarse más flexibles, más ligeros y hasta con mayor capacidad para esconderse el uno del otro. Konrad Lorenz ha hecho el aporte de numerosas constataciones sobre este tema.

Desde luego que el jugar es algo más que la descrita manifestación fisiológica. Porque en la especie humana ese juego encierra un cierto simbolismo y también un sentido de aprendizaje.

Algo entra en juego cuando jugamos, lo que nos da un sentido de ocupación vital, acompañado por sentimientos de tensión y de alegría. Cabe, empero, formular algunas preguntas que aún no han sido respondidas.

- ¿Qué se juega cuando se juega?
- ¿Qué está en juego cuando jugamos?
- ¿Qué es ganar?
- ¿Qué se gana cuando ganamos?
- ¿Qué es perder?
- ¿Qué se pierde cuando perdemos?

Si nos dispusiésemos a despejar estos interrogantes, desde la cabal aproximación que se puede lograr en la materia, tendríamos que tamizar todo sobre la base de tres valores:

- Jugar juntos.
- Jugar limpio.
- Respetar las reglas del juego.

Lo transcripto representa la quintaesencia de la pedagogía del deporte, que es, a su vez, una verdadera plataforma política.

Resta una pregunta: la Cultura, ¿también se juega? Veamos categorías: el juego puede ser de *suerte*: baraja, casino, lotería, apuestas; de *simulacro*: las imitaciones, las máscaras y disfraces, el teatro; de *vértigo*: el alpinismo, los vuelos no mecánicos, el esquí, etcétera.

Pero también hay juegos referidos a posiciones sociales, económicas y políticas. A tal punto se juega a la política, que se repiten sin pausa los cálculos electorales. Es que hay políticos del azar, de la cifra y de las encuestas que terminan en boca de urna o con la urna en la boca. Como es un albur...

Camino del juego llegamos al deporte, que no es otra cosa que la lisa y llana competencia atlética.

La explosión producida en el pasado siglo por este fenómeno sociocultural ha impuesto, merced al espíritu mercantilista, el llamado deporte de alta competencia, una de cuyas consecuencias son los casi ignorados accidentes emocionales, que se superponen con mayor intensidad a los óseos y musculares.

Dichos accidentes emocionales parten de la falsa creencia de que el atleta está condicionado a crecer y a morir de golpe. *Creecer de golpe*, porque es muy corto el período que lo conduce del juego espontáneo al trabajo deportivo en un gran estadio, con todas las presiones que ello entraña; y *morir de golpe*, porque no existe una preparación para el momento de su retiro, ni tampoco se lo orienta ni contiene durante su trayectoria, cuando la repentina disponibilidad de dinero lo hace caer en despilfarros y desatinos.

Solemos no reparar en el sufrimiento de los deportistas que se hallan próximos al abandono de su actividad, a pesar de tantos episodios de desmembración familiar, intentos de suicidio y sociopatías en que caen luego.

Entre otros factores, que hacen de dicha circunstancia un terreno fértil para favorecer disfunciones de conducta, debemos mencionar el hecho de que se den simultáneamente tres etapas

en la vida del atleta: la adolescencia, de la que no disfruta debido a las exigencias que impone el entrenamiento; la juventud, porque está en el climax de la mayor producción deportiva y profesional; y la adultez, que lo somete a una suerte de jubilación prematura, alrededor de los 32 años, y sin saber por qué otro rumbo dirigir sus pasos hacia idénticos o nuevos éxitos.

Si analizamos el promedio de vida actual, advertimos que el deportista en retiro, que no ha recorrido mucho más que un tercio de su camino, se siente marginado, viejo y hasta infecundo.

Deseo ejemplificar con nombres, apellidos y algunas anécdotas lo expresado anteriormente.

En cierta ocasión, habiendo él colgado ya los guantes, nos encontramos en Ezeiza. No había cámaras de televisión ni fotógrafos ni cronistas que interrumpieran su paseo por el aeropuerto. Era uno más. Ambos nos dirigíamos a diferentes ciudades de los Estados Unidos. Instalados en la aeronave, Carlos Monzón vino a buscarme al cuerpo central de la nave para que lo acompañara en primera clase. Cuando estuve a su lado, me sorprendió que confesara por primera vez una inquietante necesidad de conversar, cuando había sido siempre parco e introvertido.

“No me siento bien —dijo con una tristeza desconocida en él—, no tengo ganas de vivir más”.

Tras una pausa y a mi propuesta, cambió el plan de viaje y permaneció conmigo cuatro días en Las Vegas, lo que favoreció un largo diálogo durante el que repasó toda su historia.

Había nacido en un pobre rancho con piso de tierra y en zona inundable. Sobre ese piso, recostada en unas mantas, su madre lo había parido. Y su padre, que esperaba una “hembra”, se quedó dos días tomando copas con los amigos en un boliche. Recién al tercero se acercó a conocerlo.

De sus posteriores descripciones quedó la certeza de que aquél era un medio ambiente promiscuo, que albergaba alcohólicos, marginales de todo código y mujeres de mala vida.

La niñez de Carlos Monzón se desarrolló en la extrema necesidad de hasta lo más mínimo, y por eso creció con huesos

quebradizos por el raquitismo que el hambre había instalado en él desde aquella infancia.

Mientras hablaba, parecía que sus ojos estaban abstraídos por el recuerdo de aquellos momentos penosos, en los que aprendió, trabajando de lustrador y canillita, cómo lo que se quiere no se pide, se toma por la fuerza. Y cómo los desacuerdos se resuelven en duelos a cuchillo (uno de sus hermanos había muerto en una de esas reyertas).

Cuando intenté retomar el tema de la confesada depresión que lo envolvía, puso en evidencia que había quedado atrás el paraíso artificial de la fama y que estaba abrumado por el ocio.

¡Ese era su peor adversario!, junto con un doloroso sentimiento de soledad que lo había empujado a las puertas de la enfermedad mental, apenas enmascarada por el alcohol, con el que tampoco podía ahogar a la más temida de las muertes, la del olvido.

Jamás alguien entendió qué era lo que realmente le ocurría, ni ofreció adecuada ayuda...

Para intentar explicarlo, no con metáforas sino con hechos probados, les narraré dos experiencias. Al ordenar la Justicia su detención en la cárcel de Batán, lo visité para cumplir mi función periodística.

No puedo negar que ese encuentro con él, a quien solicitaron permiso para presenciarlo oficiales superiores de la penitenciaría, fue muy tenso y estalló en un torrente emocional generado por el propio Monzón.

Cuando me vio entrar se abrazó a mí y comenzó a sollozar de una manera tal que conmovió a todos. Era como una criatura abrazada a un hombre que podía entender sus lágrimas o quizá perdonarlo. En ese momento me venían las imágenes de su descenso de los aviones en el aeropuerto parisino de Orly, donde lo aguardaban siempre decenas de periodistas, camarógrafos y gente del ambiente artístico. Ahora estaba transfigurado, y aunque no parecía un guiñapo, no estaba muy lejos de serlo.

Era un día gris y llovía muchísimo. Nos sentamos frente a frente al borde de una ventana, desde la que se veían circuitos de rejas, alambres de púa electrizados y las torretas de vigilancia. Mientras trataba de recuperar su respiración entrecortada por el llanto, le insinué que habíamos vuelto a encontrarnos ante un panorama muy triste. El miró hacia afuera y dijo: “Acá siempre es así, aunque ‘haiga’ sol, siempre es así”...

—He visto que en su celda hay muchos rosarios, Biblias, estampas, vidas de santos —y lo miré a los ojos buscando la respuesta, porque yo sabía que era iletrado; apenas un cuarto grado mal hecho y analfabeto por desuso—, ¿usted lee esos libros?

—*Sí, ahora leo. Me hice traer unos anteojos especiales porque se me cansa la vista* —estaba haciendo malabarismos, porque había llegado el tiempo de mostrar un orgullo diferente—. *¿Se acuerda cuando andábamos por los hoteles de todo el mundo con el asunto del boxeo, y que siempre en la mesita de luz había Biblias* —no quiero imaginarme qué habría hecho con esas Biblias escritas en francés, inglés, alemán...— *y que nunca las leíamos? En cambio ahora rezo la misa todas las noches.*

—¿La misa?

—*Sí. Cuando me acuesto leo dos renglones, pero se me cansa la vista; entonces cuento hasta diez y me duermo...*

No quería confesar que tenía una elemental falta de comprensión del texto, lo cual es humanamente entendible; mas el contar hasta diez, que es lo que hace un árbitro en el *ring* para dejar a un boxeador fuera de combate, constituye un simbolismo que no necesita explicaciones.

La otra vivencia me la regaló como testimonio el director de la mencionada cárcel. Su descripción fue la siguiente:

—*Usted sabe que el santafecino tiene su celda en un pabellón modelo, recién construido, que cuenta con una mesa de material con azulejos muy bonitos y un piso de mosaicos que muchos quisiéramos para nuestras casas. Días pasados estaba yo haciendo la recorrida habitual, y al pasar veo que Monzón*

está sentado en el piso, con el plato de comida sobre las piernas cruzadas y el vaso de agua al lado. Me extrañó, pero seguí de largo. Aunque no pude contenerme y volví:

—Monzón, ¿por qué no come en esa hermosa mesa que tiene y lo hace sentado en el piso?

—Por nada jefe, por nada; no se vaya a creer que estoy haciendo macanas. ¿Sabe lo que me pasó? Cuando me senté en la mesa me pareció que volvía a ser un pibe y que estaba en el rancho. Entonces toqué los azulejos, que son tan suavecitos, vi los mosaicos, y me quise sentar aquí... Estaba pensando qué distinto habría sido todo si hubiéramos tenido una mesa tan linda como este piso...

* * * *

Permítanme una digresión.

En pocas semanas va a aparecer un libro titulado *Yo soy el Diego*, al que se califica de autobiográfico. En una de sus páginas se habrá de leer esta expresión: “La primera pelota que me regalaron fue una N° 1 de cuero. Tenía tres años y dormí toda la noche abrazándola”.

¿Recuerdan ustedes que la primera vez que lo sancionaron por el uso de drogas prohibidas exclamó: “¡Me robaron el juguete!”? ¿Y que cuando la norma volvió a caerle encima, por reincidencias, Maradona confesó casi llorando: “Me cortaron las piernas”? En ninguno de los dos casos faltó a su verdad.

Mas desde entonces, obnubilado por su adicción, es protagonista de hechos contradictorios, de desmadres y hasta de incalificables declaraciones sobre personas y hechos.

No hay forma de eludir aquí la incapacidad con que módicos comunicadores sociales, cada vez que lo enfrentan, le formulan preguntas sobre cosmología, religiones comparadas, política, biología, medicina, ética y venta de panchos. El descontrol a que lo ha elevado ese efímero endiosamiento, que se deslizo desde las tribunas hasta determinados medios de comunicación,

lo empujó a una inconsciente autodestrucción, que puso en peligro su propia vida.

Maradona encontró en el propio ambiente futbolístico la perversa insinuación al hábito de drogarse. Luego lo rodearon las malas hierbas parásitas que crecen en derredor de los árboles frondosos. Por supuesto, nadie tuvo la menor intención de decirle al consagrado crack que su psiquis y su corazón estaban a punto de estallar.

El dios-jugador fue considerado mucho mejor que el dios-hombre Maradona, al que nadie dio real cobijo.

Como para abrir un contundente juicio de valor, baste con tomar dos datos de la realidad: el periodismo deportivo especializado ha consagrado a este jugador como el deportista del siglo..., y el doctor René Favalaro apenas, si se llega a tiempo, será considerado el médico del año...

Retomando el hilo de lo anterior, recordemos que Guillermo Vilas se unió a los maitines profanos del coro que se integró en aquellos días, lamentando la situación del ex número 10, con este dicho: "Los deportistas morimos dos veces", innegable vivencia suya luego de haber atravesado por la avenida del éxito, ignorando que aguardaba el crepúsculo. Que no es muerte, sino conclusión de un ciclo, que puede y debe convertirse en renacimiento, para lo cual se requiere de un aprendizaje previo.

¿Quién se acercó a Vilas, en algún momento de su carrera, para explicarle que detrás de las tribunas ardientes y obsequiosas también estaba aguardándolo la vida en plenitud? Porque cuando creyó morir simbólicamente, cuando acallaron los últimos aplausos, estaba entero, con futuro, tal como se lo sabe ahora en existencia real y total.

Casi al unísono, Juan Martín *Látigo* Coggi aseguró que quería morir sobre un *ring*. Señal evidente de que prefería tamaño fin al de descender por última vez las escalerillas y encontrarse en el llano, que habrá supuesto algo así como pisar el "hall de la vaciedad".

Coggi, en medio de sus explicables contradicciones, buscó qué hacer, y allí está, junto a su familia y con el propósito de subsistir dignamente. Es cierto que al principio lo miraron con sorpresa debido a sus declaraciones, pero después llegó la indiferencia. A ellas contribuyó un *manager*-promotor que, tras explicarle al *respetable público* que él entrega todos sus esfuerzos por cada pupilo, agregó: “Cuando pasa el tiempo, si los encuentro por la calle los saludo como un padre”...

No deseo poner el acento sobre la explotación malsana que se hace de estas calamidades por razones más que obvias. No es ésta la noche adecuada para ello.

Pero como soy un caminante y sé que los dislates nos acosan, quiero contarles que resuena en mi oído un pregón escuchado en el barrio de Palermo antes de llegarme hasta este lugar. Alguien gritaba: “¡Para la cartera de la dama y el bolsillo del caballero!”...

Les confieso que imaginé que había vuelto la venta callejera de peines o portadocumentos. Pero el pregonero me dejó pasmado con el completamiento de su oferta, que era la siguiente: “¡Estampitas de Rodrigo, \$ 2; bendecidas por la madre, \$ 4!”, y se mezcló entre la gente reforzando la oferta con augurios de buenaventura.

* * * *

Como provengo del medio audiovisual, en el que me desempeño desde hace muchos años, debo asumir que la TV tiene determinadas cargas insoslayables respecto de lo que acabo de señalar. Sé que el foco de atención de todos se acaba de depositar en este instante ante esa pantalla tan seductora y tan malquerida a la vez que moviliza muchas pasiones y aporta escasos temas ponderables, que nos envuelve en lugares comunes y nos tienta, intentando convertirnos en meros espectadores pasivos, despreocupándose de lo alienante de sus mensajes y metamensajes.

Un psiquiatra francés ha expresado que las enfermedades mentales del siglo XX, que desgraciadamente van en aumento, se manifiestan más que en ningún otro sitio en el medio audiovisual.

Lo paradójico es que la TV, constante emisora de estímulos, constituye potencialmente un formidable instrumento cultural. Se quiera admitir o no, ella irrumpe en la capacitación como en todo lo demás del quehacer humano, pero pocas veces lo hace con la intencionalidad pedagógica, aunque sea de segundo grado, que es lo que corresponde.

Si convenimos con Julio César Lavaké, que el fin de la educación es personalizar, es decir, que el hombre sea, ante todo, más en sí, más desde sí, con mayor autoconciencia, con más autocontrol y, por lo tanto, más dueño de su libertad, dudamos de que la TV tenga en cuenta al hombre esencial. Menos en estos días, en que está llegando a fronteras imprevistas de descalabro.

A algunos responsables de las programaciones, lo masivo del público parecería exigirles menos nivel y menos profundidad. No advierten que la desesperación, muchas veces ciega del logro comercial asociado con el *rating*, achata a la audiencia a niveles de medianía.

* * * *

Espero no pecar de reiterativo al unir otra vez mis palabras con la filosofía. Hablando de valores, Platón dejó un mensaje de una validez incontestable; él afirmó que *la idea del bien es la idea suprema, la idea de las ideas*. ¿Quién se ha detenido a discurrir, desde el nivel gerencial, si a la gente hay que brindarle lo que necesita y merece o lo que puede consumir atada a esa telaraña de forzosidad que la envuelve?

Quiero afirmar rotundamente: la TV debería estar constituida por ideas más imágenes. Y, si es posible, por la idea de las ideas. De lo contrario, sólo será una caricatura del pensamiento.

El periodismo impreso conoce los dichos de los hombres de ciencia, que señalan que el mundo es una empresa inconclusa. Y lo tiene en cuenta. También coincide en que las personas deben recibir, cada día, un conocimiento racional constituido por conceptos, juicios y razonamientos y no por sensaciones e imágenes distorsionadoras. La identidad del diario se sostiene al ofrecer la posibilidad de relectura y de refugio, para aquellos que no han querido someterse a la dictadura de una pantalla electrónica, que no satisface la sustancia espiritual del ser, salvo en contadas excepciones.

* * * *

Aunque en nuestra academia la fuente del buen humor desborda con el talento creativo de Bernardo Ezequiel Koremblyt y Juan Carlos Colombres, me permitiría estos apuntes risueños. No sé si todos coincidirán en que en ciertos medios audiovisuales y orales se ha integrado una zoología de advenedizos mentales. Hace tiempo que me permití imaginar que estamparía en la frente de cada uno de los improvisados, que ni comunican ni son sociales, esta antigua frase: “La sabiduría me persigue, pero yo soy más rápido”.

Y como uno, al fin y al cabo, también es televidente, aprovecharía para repetir una ironía que se acuñó hace un tiempo: “Hay tres actividades que cualquiera puede desarrollar sin aprendizaje ni vocación: televisión, periodismo y equitación... ¡Claro, sólo el caballo puede defenderse!”

Y a ciertos *movileros* que circulan por las calles con sus equipos conectados a radios y televisoras les obsequiaría este espejo.

Supongamos que esta mañana Dios acaba de entregar a Moisés los diez mandamientos. Cuando el anciano profeta hebreo baja de la montaña, se arremolinan en su derredor los *comunicadores sociales* forzando una conferencia de prensa. Luego cada uno, con gran ansiedad y cara de estar de vuelta de

todo sin haber ido a ninguna parte, exclamará ante sus audiencias televisivas y radiales, más o menos lo siguiente: “Informo en primicia exclusiva (¡aclaro que somos el único medio presente!), que Moisés acaba de retornar del Monte Sinaí con diez mandamientos de Dios, de los cuales, a mi criterio, los dos más importantes son ...”

* * * *

Con el perdón de ustedes, deseo confesarles que tengo presente un brevísimo diálogo, casi sin palabras, que solíamos sostener con don Félix Laiño cada vez que nos cruzábamos, fuera en un estudio de televisión, en el pasillo de una emisora radial o en una calle. Al darnos cuenta de que íbamos aproximándonos, los dos levantábamos el dedo índice de la mano derecha y al estar cara a cara era él quien preguntaba: “¿Seguimos de acuerdo, verdad?” Y tras mi respuesta afirmativa continuábamos nuestro camino.

Desde luego que teníamos nuestros diálogos, pero el juego era abreviado cuando el tiempo nos apremiaba. ¿Qué quería decir esto?, pues algo muy simple; en cierta oportunidad, durante una mesa redonda, sólo los dos coincidimos en que los periodistas debemos ser militantes de la cultura, la libertad y la ética. Y digo nosotros dos porque había otros que no pensaban igual. Sigo coincidiendo con el maestro.

* * * *

Deseo que haya mucho más ejercicio de la empatía en nuestro turbulento país, porque hay una razón que olvidé expresar: no puede haber empatía ni diálogo si no estamos dispuestos a ello con amor, la más importante de las sustancias nutricias, la única que puede rescatar a la humanidad del despeñadero total.

No me opongo al constante desarrollo ya formidable de la ciencia y la tecnología; tampoco cuestiono a los astronautas y a

los cibernautas, aunque creo que lo que más necesita el mundo son *intranautas*.

Que queden como presente dos pensamientos. El de Miguel de Unamuno que expresó: “No vendo harina, reparto levadura”.

Y otro de Gibran Khalil Gibran: “Aún hay una tierra desconocida que debemos explorar, la vida de relación...”

PÁGINAS DE MI ARCHIVO (I)

Ocurrió en un tiempo vertiginoso, tanto de cosas como de situaciones imprevistas. Primero la convocatoria de una editorial francesa que me solicitaba una biografía de Carlos Monzón, que luego se convertiría en un film. El plazo dado fue exiguo, y la demanda llegó con rótulo de urgente.

Me propuse planteárselo al propio ex campeón, quien aceptó con muy buen ánimo, así como la condición de grabar los largos diálogos, para que fuesen su propia voz, modo y experiencia las que se transcribieran textualmente.

Jamás imaginé que la vida de mi interlocutor se convirtiera, poco después, en una mancha escarlata sobre la ruta. Ocurrió el 8 de enero de 1995, días después de que se interrumpió la tarea que habríamos de retomar en febrero.

Supe que conducía a peligrosa velocidad. Supe que volvía de un asado y estaba alcoholizado. Supe que se calificó el hecho como uno más del camino cuando se lo transita con imprudencia. Pero me quedaron grabados ciertos preocupantes gestos suyos, y ese peculiar lenguaje no verbal que cada uno tiene. También recuerdo su abrumado perfil depresivo, todo lo cual dejó latiendo en quien esto escribe una duda: ¿querría seguir viviendo o eligió irse así...?

El punto del párrafo final del *Primer round* simboliza el silencio que cayó después de quedar trunco todo lo intentado y dicho.

Fue escrita a propósito de una solicitud que me hicieran llegar, oportunamente, médicos, colegas, dirigentes y personas del ámbito deportivo marplatense. Tal era la preocupación por el ex campeón mundial Ubaldo Sacco (h.), ídolo local conocido

por el apelativo Uby, cuya vida se iba despedazando por el despeñadero sin regreso de la drogadicción.

Respondí con el conocido estilo de “Carta abierta a.”.. y por la profunda pena de comprobar ese deterioro cada vez mayor de quien originó la propuesta. Del texto se desprende el estado emocional con que fue escrita.

PRELIMINAR DE *EL LIBRO DE MONZÓN*

El hombre tiene distintos planos de interioridad. El primero es el nivel orgánico, de funcionamiento fisiológico. El segundo, de mayor hondura, es el del sentimiento, que frecuentemente se desestabiliza afectando al anterior o viceversa. El tercero es el nivel del propio pensamiento. Y hay un cuarto, más profundo aun, conjugado con la identidad, que no es meramente identidad del cuerpo, sentimiento o pensamiento, sino de la persona como núcleo central de todo.

Estamos hablando de lo que la filosofía ha denominado *mismidad*, intrincado laberinto que muchas veces el propio individuo no puede o no quiere escudriñar. Ello se debe a que tales niveles no alcanzan un óptimo funcionamiento. Y puede entenderse que influyen, asimismo, falencias o carencias físicas, psíquicas o mentales. Ese individuo, en más de una ocasión se maneja desde el ángulo de lo operativo concreto, que le permite vivir *el hoy* sin poder vislumbrar *el mañana*. Los antiguos interrogantes *quién soy*, *de dónde vengo* y *adónde voy* representan todavía un vallado insalvable para gran parte de los componentes del heterogéneo consorcio que llamamos humanidad.

No es de extrañar, pues, que si un libro intenta describir el universo caracterológico de una figura tan popular como controvertida, sólo guarde, en apariencia, el hilván coherente que le presta su propia encuadernación.

Es que el hombre y, en consecuencia, su vida, suelen constituir un manojo de contradicciones, cuya causalidad excepcionalmente salta a la luz.

No obstante, cada una de las expresiones transcriptas ha sido engarzada en derredor de los dichos y hechos —y, según es obvio, de la personal óptica— de quien encarnó a uno de los contemporáneos dioses del estadio, el ex campeón mundial de

peso mediano. Un moderno Atila dentro y fuera de esa verdadera jaula sin puerta de escape que es el ring.

Antes de cederle la palabra a quien le pertenece, deseamos rememorar dos hechos más que anecdóticos.

Caminábamos juntos una tarde por las soleadas calles de la ciudad de Pergamino, en la provincia de Buenos Aires. Nuestro andar era lento, porque el corazón de don Luis Angel Firpo, fatigado ya, así lo imponía. Hablábamos del boxeo del país, y de algunos de sus cultores que habían alcanzado cierta notoriedad en ese momento. El *Toro Salvaje de las Pampas*, protagonista junto a Jack Dempsey de la primera *Pelea del Siglo*, allá por 1923 (luego los promotores descubrieron que para atrapar crédulos hay que organizar una pelea del siglo por mes), hizo un alto. Tras apoyar su manaza derecha en mi hombro, me sorprendió con esta premonición: “Mirá, estoy seguro de que cualquier día va a aparecer un muchacho del interior, con tez mate y pelo renegrado como los indios, cuya fuerza lo va a llevar muy lejos. Tendrá puños de acero, mucha personalidad y, aunque será hosco y de temperamento áspero, el éxito lo acompañará por todas partes”.

Sin saberlo, aquel costilludo hombrón proyectó en su mente, en clara prefiguración, color más, color menos, el perfil de Monzón. Aunque no vivió tanto como para comprobarlo y pasarse.

El segundo apunte corresponde a un riguroso estudio histórico que el padre Guillermo Furlong recogió, a su vez, de antiguos cronistas de su propia orden jesuítica.

Detalla la sorprendente descripción: “Pocos son los juegos que han tenido los indios mocovíes asentados en lo que fuera territorio de la actual provincia de Santa Fe. El más célebre ha sido el de los puñetes, que con razón se puede llamar duelo o pelea, porque se desafiaban dos solos o una parte de la ranchería con la otra, para darse de puñetazos. Provocábanse con las cornetas, y a su sonido salían con enorme algazara; luego, formándose en dos filas contrarias empezaban a agredirse con gran

barbaridad, pero también con destreza, la que consistía en tirar a lastimarse los rostros y cabezas, y evitar, a su vez, los golpes. No se ven ciertamente mejores entradas y defensas en la esgrima de avezados espadachines que las que se ven en el rápido juego de sus brazos y ágil flexión de sus cuerpos para herir y no ser heridos”.

Por rara coincidencia de circunstancias, Monzón nació en el barrio “La Flecha”, en San Javier, provincia de Santa Fe.

Primavera de 1994

PRIMER ROUND

*¿Popularidad?... Eso es
la gloria en centavos.*

V. HUGO

El vehículo que me trasladó hasta el centro turístico y gremial que la Unión del Personal Civil de la Nación posee en la provincia de Santa Fe detiene el motor. En la guardia me confirman la entrevista, señalándome un *bungalow* cercano al portón de entrada. Su ocupante goza, desde mediados de 1993, de la dispensa de una libertad recortada. De lunes a viernes sale del penal de *Las Flores* a las 10 de la mañana, y debe regresar a las 7 de la tarde para pernoctar adentro. Los sábados y domingos queda exento de tal obligación.

—A pesar de las apariencias, no me siento libre. Estoy agradecido al juez que desde hace un año me permite venir acá y entrenar a los pibes. Pero sentir cada vez que entro y salgo en los oídos y en la cabeza el refregón de las cerraduras y el retumbe de las rejas es algo que no banco. ¡Y todavía me faltan doce meses para la condicional! Es como seguir en la gayola.

Está pesando 93 kilos, 20 por encima del límite obligado durante el tiempo en que boxeaba. De aquella figura arrogante que continuó manteniendo después queda poco. Ya no es el atleta profesional que caminaba envuelto en su dilatada burbuja de fama, que parecía desplazar el aire a su paso. Desde luego, su robustez sigue latente y quedan trazos del distante daguerrro-tipo.

—El tiempo no pasa en balde, hermano. Ayer cumplí 52 años, parece mentira. Todo fue un sueño.

—¿O una pesadilla?

—Las dos cosas.

Habla prensando las palabras. Y ante cada interrogante, por liviano que resulte, se repliega hacia adentro, midiendo sus respuestas. Aferrado al innegable sesgo de desconfianza que cons-

tantamente puso de manifiesto frente a cualquier interlocutor incisivo. Es que, en general, sus vinculaciones con la opinión pública a través de los medios de comunicación lo incomodaban. ¿Por qué?

—*Siempre buscaron lo negativo. Jamás recibí el apoyo que los deportistas necesitamos. Ni en las ocasiones en que más lo esperaba; especialmente al empezar. Si hasta el público no sacaba entradas, porque los de “la cátedra” anunciaban mi derrota o criticaban mi estilo. Yo progresaba, aprendía, ganaba y todos parecían mirar al otro rincón. Hasta cuando estaba en Roma para combatir con Benvenuti por el título, ninguno daba ni medio centavo por Monzón. De haberles hecho caso, nunca hubiese logrado un triunfo. Suerte que yo me tenía fe, una confianza bárbara. ¡Los jodí a todos!*

—¿Sentías que peleabas contra el gremio?

—*Yo pelié siempre contra todos. Desde pibe.*

—¿Te pasó lo mismo con la gente?

—*gual. En un momento llegué a darme cuenta de que eran todos unos resentidos. Es increíble que esto me pasara acá, en mi propio pago. Supongo que muchos pensarían: “¿Cómo ese negro, que nació en un rancho de mierda, se pasea con autos último modelo, oliendo a perfume importado, bien empilchado y con peinado de peluquería fina?” Sí, era envidia, la envidia de los boludos.*

—¿No creés que estas cosas son fruto del vertiginoso salto del anonimato a la popularidad?

—*Bah, la popularidad; qué lindo cuento.*

—Supongo que ella te ayudó a que se abrieran puertas, ¿o no?

—*Gracias a mi laburo lo conseguí. Nadie me regaló ni la punta de un lápiz. Claro, después que llegué a campeón del mundo llovía de todo.*

—¿Pudiste cosechar buenos amigos?

—*Entre los cronistas?*

—Si querés, sigamos con ese tema.

—*Yo me dedicaba a mi negocio y ellos al suyo. Nunca me metí con nadie. No digo que todos, pero ¡cuánto tuve que romperme para que me elogiaron! Estuve obligado a ganar dos veces cada pelea: primero al ñato que tenía enfrente, y después a ellos. Fue duro. Tampoco niego que me alabaron, pero me acuerdo de los que sólo hablaban y escribían mentiras y roña. La publicidad más grande vino con los escándalos, los líos con la policía por pavadas, o mis relaciones y peleas con las mujeres. ¡Entonces sí que le daban a la matraca con los micrófonos! Nunca ganaron tanto a costa de mi apellido. Todavía hoy deben andar escondidos por ahí como cirujas, revolviendo basura. Deben ser los mismos que me paraban para preguntarme cuántas veces estuve en cana y yo los mandaba a la mierda.*

—Y de los amigos, ¿qué?

—*Amigos..., ¡las pelotas!*

—¿Quedan dos o tres?

—*Sí, unos pocos.*

—¿Motivos?

Tras una breve pausa, entonó la conocida estrofa de cierto tango alegórico: “Con los amigos, que el oro me produjo...” Igualé el silencio, observando su semblante. Fue cuando me vino a la mente una frase de Southey, el poeta inglés: “Los vencidos no tienen amigos”. Asimismo, reaparecieron en mi pantalla mental las primeras impresiones recogidas al llegar al lugar. Iba a golpear a la puerta de acceso a la vivienda, cuando surgió del interior alguien que me dijo: “Hola, yo también soy Monzón”. Luego me enteré de que, efectivamente, se trataba de Reinaldo, uno de sus quince hermanos. En segundos asomé Abel, hijo del otrora rey de “pugilandia”. Con 27 años cumplidos, permanece al lado del padre, como desde pequeño. Más tarde alguien sopló que se ha separado, dejando de lado a su compañera con una hija. A esto se reduce el grupo permanente de acompañantes en el *bungalow*. Finalmente apareció nuestro hombre. Pero para atender con presteza una llamada *telefónica* y

saludar minutos después. Se notaba que la siesta lo tenía atrapado con toda su pesadez.

—¿No te venían a visitar tantos amigos?

—*¿Tantos? Me sobran los dedos de una mano; se acabaron los amigos. Algunos se borraron de a poco, especialmente los que se “olvidaron” facturas varias sin pagar. Ni falta el careta que me está debiendo favores muy pero muy importantes y se hizo humo.*

Destaca esto último poniendo en movimiento su enorme potencial de excitación. Aunque el tono no es amenazante, se puede apreciar que continúan sangrando ciertas mordeduras que lo han desgarrado. Y aun cuando habitualmente no tenga reparos, si le viene en ganas soltar la lengua, oculta apellidos sin formular denuncias, a pesar del microclima de confianza en que permanecemos.

—¿Y tu fortuna? ¿Te queda dinero?

Su teclado emocional es angosto. Lo sé desde que lo conozco. Pero algo lo ha sacudido al plantearse este tema. Es como si las sombras del crepúsculo hubiesen caído sobre su rostro. En ese momento, la intromisión acústica aumenta. Son voces fuertes que proviene del exterior, demasiado estentóreas, de hombres que cruzan saludos y comentarios del momento a gritos. Esta vez la voz de Monzón, queda, de tono inusual en él, responde; o, quizá, con vergüenza, hace un balance que lo lleva a chocar con la realidad descarnada que se avecina.

—*No me queda ni un mango, estoy en la ruina. Entre el juicio, costas, gastos y demandas de la familia de Alicia, me vaciaron.*

—¿Se llevaron también tus sueños?

—*No todos. Mi ilusión es irme de aquí y comprar una casita en Buenos Aires, en el barrio de San Isidro, que tanto me gusta. Y vivir en paz.*

—¿Cuál es la preocupación que te acucia ahora, hoy?

—*Dos: recuperar la libertad total y ver a Maximiliano, que tiene el bocho lleno de malos pensamientos contra mí, porque*

alguien, que ya me imagino quién es, se los metió. Quisiera abrazarlo, hablarle, decirle que lo quiero mucho, que no soy un asesino, a pesar del fallo de la Justicia y de lo que dijeron los charlatanes, incluso antes de que el tribunal me condenara.

Vuelve a caer en un mutismo total que debo respetar. Ante mis ojos torna a presentarse el ser taciturno al que traté en la cárcel. El que deberá admitir, así lo haga sólo ante su conciencia, que quienes han seguido su deambular por ciertos callejones oscuros están convencidos de que fue tan preciso con el puño como errático con el pie. De repente se reincorpora y explica:

—Esos gritos de afuera son de los muchachos que ya llegaron, mis ayudantes. ¿Vamos a conocer el gimnasio?

El súbito cambio lleva a una comprobación que se lee en su cara, que no parece la cara de luna de los que exhiben sobrepeso, sino que más bien luce hinchada. Ese pasado de muerte lo acompañará mientras viva. Lo verá reflejado en el rostro y la mirada de ese preadolescente de doce años (el hijo que tuvo con Alicia Muñiz), que no desea ni volver a verlo, y que ha manifestado rechazarlo como padre. El lo sabe, por eso Maximiliano se ha convertido en su inquietante obsesión. Si lograra recuperar ese afecto, siquiera en parte, quizá su futuro tendría otras perspectivas. Tomando conciencia de esas nubes oscuras que flotan dentro de su psiquis, y que no se pueden combatir con los puños enguantados sino de otro modo, prefiere congelar las imágenes que lo trastornan. Da saltos hacia atrás, en claro proceso de regresión, borra varias etapas (o cree disiparlas) y se afloja. De allí que tratara de cortar los hilos envolventes de los negros pensamientos en que estaba sumergido. ¿Con qué propósito? Estar cerca del *ring*; el único sitio que, vaya paradoja, le prestó seguridad.

En camino hacia la sala de entrenamiento, reencuentro a dos ex púgiles, Daniel González y Jacinto Fernández, buenos deportistas otrora, excelentes personas hoy. El primero, a quien llevó en su equipo como *sparring*, es muy apreciado por Monzón.

Se afana entonces, con ademanes y tono de jefe del plantel, por elogiar las instalaciones; detalla lo práctico de cada aparato y cuenta que tiene unos veinte pupilos, pero que en el verano serán cuarenta o cincuenta. Se siente importante entre esas paredes y lanza algunos de sus directos al mentón, en ensayo teatralizado, ante un chiquilín que también acaricia sueños, vaya uno a saber si muy distintos de los de su mentado director técnico. Ese aspirante, de apenas unos catorce años, es comparable a un espejo. Monzón lo está mirando como si se reflejara en él.

—¿Qué ves en él?

—*Me veo yo. Tendrá más o menos la edad que yo tenía cuando tiré las primeras piñas en un club de barrio, el Deportivo Cochabamba. Hasta es igual en la manera de quedarse clavado con esa mirada fija y hablar poco.*

—¿Eras realmente así?

—*Venga, vayamos más lejos: no, este pibe tiene pinta de ser feliz, de no saber qué es el hambre, ni el frío, ni la falta de descanso. Mi familia era distinta; vivíamos en la miseria, pero le aclaro que nunca pedimos limosna, porque no tendríamos dónde caernos muertos, pero sobraba el orgullo. Ibamos a laburar de cualquier cosa, aunque pasáramos las de Caín, como yo las pasé. No me gusta volver a lo que la gente ya sabe, no quiero parecer un llorón. Menos ahora. Pienso que decir la verdad no es malo, por lo menos para los demás. Nací en un rancho de adobe, con techo de paja y piso de tierra. Sobre ese piso de tierra, el 7 de agosto del '42 tiraron una cobija donde se acostó mi vieja, y allí me parió. Ella contó que llovía y había peligro de inundación. Pero no sucedió nada grave. ¡Es que no me podían esperar con tanto barullo, ¿no?! Bueno, si el agua nos tapaba, a lo mejor salía nadador y no boxeador.*

—¿Contó tu madre algunas otras cosas?

—*La pobre vieja, que tanto sufrió —Dios la tenga en la gloria—, vivía a los sustos conmigo. No tanto porque de grandecito*

fuera vago y peleador como los más reos, sino porque a los tres años casi no hablaba, y ella creía que había nacido mudo. Después se dio cuenta de que era un tipo de pocas palabras y pocas pulgas.

–¿Intuyó tu futuro como Firpo?

–*Nunca. ¡Si al enterarse de que yo iba a entrenarme puso el grito en el cielo! Por eso, cuando usted me contó la anécdota del Toro Salvaje de las Pampas se me cayeron las lágrimas. Me emocionó que un hombre de su prestigio, sin saber si ese muchacho con “pinta de indio” siquiera había nacido, me soñara desde antes. Otros, ni viéndome pelear y voltear a tantos muñecos hablaron como él sobre lo que yo llegaría a ser.*

Lo veo entre las cuerdas de ese ring, de extraña conformación hexagonal impuesta por unas columnas que hay en medio de la sala, e imagino que nuestras memorias están funcionando en paralelo, rescatando capítulos irrepetibles e inmodificables de su biografía. No sé si lo abraza la nostalgia común a los que han atravesado por ese paraíso artificial de la fama. Percibo en él una nueva emoción.

–*Este ring está pelado, tiene forma de ataúd y hay pocas luces, porque no se necesitan. Aquí yo no podría moverme bien.*

–Estás hablando en tiempo condicional pero presente, ¿te diste cuenta?

–*Bueno, quise decir que...*

¿No hay luminarias ni resplandor?

–Y...

–¿Que faltan las tribunas y la gente? ¿Y la platea, varias de cuyas butacas han quedado vacías para siempre?

–*Sí, todo eso se extraña, no lo voy a negar. Pero ya pasó, no se vuelve. Se acabaron los guantes, los rivales y el amontonamiento de público.*

–¿Te considerarás un solitario?

–*Esa pregunta viene bien. Recién hablábamos de la gente; cuando era figura, una parte mía era feliz, y mi otro yo, no. Por eso andaba rajando por los pasillos. Cuando llegaba al estadio en las noches de actuación, corría a los camarines; después,*

cuando me llamaban me apuraba a subir al ring. En el rincón sólo quería que los bollos empezaran y terminaran cuanto antes. Pensaba escaparme enseguida de todo eso para encontrarme con mi gente y compartir tranquilo una buena comida. Hay que ser falso para tener muchos giles alrededor y gastar tiempo en saluditos de compromiso. Me daba bronca, no quería engrupirlos. Es cierto que acepté posar en avisos comerciales y trabajé en cine, pero esa costumbre de la farándula, como la nombran, no era para mí. Me decían que era bueno para los artistas. Yo no era un artista, no lo soy ni me creo eso.

—¿Que hacías con el tiempo sobrante?

—*Cuando colgué los guantes fue el problema. Mientras viví acompañado, no me preocupaba tanto, pero al quedar solo sí.*

Aprovecho y revivo una situación compartida por casualidad y que, en este punto, vale la pena repasar. Lo encontré en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza acompañado por su representante de entonces, José Steimberg. A mí me llevaba la responsabilidad de efectuar una transmisión satelital desde Las Vegas hacia la Argentina. Ellos iban en el mismo vuelo, pero se dirigían a Tucson para ver justamente la confrontación de Daniel González nada menos que contra Ray “Sugar” Leonard. En un aparte, Steimberg me confió que veía mal a Carlos y me pidió que conversara con él, que lo orientara. Como nuestro primer destino era la ciudad de Los Angeles, le hablé proponiéndole que me acompañara durante tres días en Nevada. Aceptó y mantuvimos largos diálogos sobre los cuales oportunamente volveremos. Fue en 1979.

—¿Tenés presente aquel hecho?

—*Por supuesto que sí. La primera pregunta fue la misma que me tiró hace un rato. La verdad es que me costó contestarle. Desde que dejé el boxeo no tenía otro laburo ni interés en nada. Vivía de noche. Después apolillaba hasta pasado el mediodía y arrancaba para un boliche, donde me esperaban unos amigos para jugar a las cartas, comer algo y tomar unos vinos. Vuelta a la catrera y otra vez la noche. Así todos los días.*

También me acuerdo de que usted me empujó para que aprovechara el tiempo aprendiendo algo. No sabía qué decirle en Las Vegas, pero ahora le explico. Eso siempre me achicó, porque llegué sólo a tercer grado. Y aunque para los números fui rápido, para el resto, más o menos. Y no es que la vieja no me mandara al colegio, al contrario, pero llegó un momento en que tuve que elegir. Entonces el guiso se puso fulero: entre trabajar y estudiar, me quedé con el laburo. A lo mejor erré la mano, pero es que quería ayudar en casa, porque éramos muchos y faltaba de todo. Ser canillita y lustra a la vez no me daba tiempo para la recuperación. Además, vivía entre malevos y mujeres de mala vida. Como yo no sentí nunca miedo de nada ni nadie, me las rebuscaba cuando las papas quemaban. Pero llegó un día en que le contesté a la vieja. Las lenguas largas le habían llenado la cabeza con chismes de mis andanzas nocturnas, y por la compañía de locas, chorros y malandrines. Ella me salió al cruce para protegerme pidiéndome que no saliera más de noche. Entonces le dije: “¡déjeme, vieja, déjeme y no se preocupe, yo me sé defender, ya soy un hombre!” Tenía poco más de 13 años, y juro que era un hombre, bien macho.

Reflexiones para después del gong

Desde la niñez, Monzón, quizá no por propia decisión o deseo, ha salido de quicio quedando librado a su buena o mala suerte, lo que no me parece válido confundir con el libre albedrío. Analicemos esta historia.

Imagine el lector que un anciano ha caído en la calle y que un joven se apresura a ayudarlo. Esa voluntad de auxilio puede obedecer a dos motivos. Es posible que uno de los propósitos del acto sea simplemente socorrer al accidentado o bien que el protagonista desee acumular méritos por la buena acción. Por regla general intervienen ambas razones. Supongamos ahora que la ayuda no llegó a concretarse. El joven percibirá cierta inquietud.

tud. Se preguntará, recordando al anciano, cómo se las arregló y si habrá podido llegar a su casa. Desde otro ángulo, sufrirá por no cumplir con la buena acción y se hará reproches, o tratará de encontrar justificativos. Sea como fuere, tales pensamientos girarán en torno de su propia persona. O sea que el objeto real de sus esfuerzos fue y sigue siendo el mismo de antes: su amado yo.

Fritz Kunkel, conocido caracterólogo, nos trajo del brazo hasta este punto.

Los que conocen a los cultores del duro oficio por el que pasó el héroe o antihéroe del presente relato saben que los boxeadores transcurren sus años activos como si estuviesen fuera de sí constantemente, desplazándose hacia lo exterior. Esa es la fachada o máscara. He conocido a docenas de ellos que, por lo general, están parados sobre el flujo y reflujo de la marea interior. “Allí es donde el monarca —afirma el autor mencionado líneas arriba— no tolera réplicas ni correcciones, pues está envuelto en su egocentrismo, tieso, incapaz de adaptarse ni decidir emprender su crecimiento”.

Estos gladiadores, que volvieron a asomar en el mundo desde el siglo XVIII, suelen vivir en la tormenta de una duda crucial: oculto tras el deseo de “llegar arriba” se halla el miedo de “hallarse abajo”, donde generalmente ya se estuvo. Eso es lo que a tantos de ellos torna agrios. Como si cada mañana partiesen en forma tempestuosa en una cruzada personal contra el resto de la humanidad. La desenfrenada carrera de los ídolos suele ser de tal jaez. Desde luego que el origen, la cuna, mucho tiene que ver con ello.

En fin, hemos disputado con Carlos Monzón el primero de los diez *rounds* a que se ha estipulado este *match*. Y ya se advierte la presencia de todos los condimentos agrídulces que contiene la novela humana.

PÁGINAS DE MI ARCHIVO (II)

La siguiente nota fue escrita en respuesta a una solicitud que me hicieron llegar médicos, colegas, dirigentes y otras personas amigas del ámbito deportivo marplatense, que compartían una honda preocupación por el ex campeón mundial Ubaldo Sacco (h), ídolo local conocido por el apelativo de *Uby*, cuya vida se iba despedazando por el despeñadero sin regreso de la drogadicción.

Por la profunda pena experimentada al comprobar ese deterioro cada vez mayor de quien originó la propuesta, me vi llevado a utilizar en ella el conocido estilo de “Carta abierta a...” Del texto, además, se desprende el estado emocional con que se la redactó.

LOS GOZOS Y LAS SOMBRAS (UBY SACCO)

La fiebre no es una enfermedad, sino el síntoma de una enfermedad.

Lo mismo sucede con la adicción a los narcóticos.

La drogadependencia constituye el índice revelador de un trastorno de origen psicológico, y no un mal orgánico, como erróneamente se supone. Es infrecuente, por otra parte, que se comprenda que el drogadicto es un ser sufriente, torturado, que vive hundiéndose en un pantano del que quisiera salir pero no puede. Y que cada mañana renueva sus promesas de iniciar un nuevo proyecto vital, o de retomar caminos inexplicablemente abandonados, para quedar atrapado, horas después, en la pringosa telaraña de ese paraíso artificial por el que maquinalmente transita, envuelto en una nebulosa que le impide ver con la anhelada claridad.

Valga el exordio para la imprescindible aclaración conceptual.

Pero el prólogo sólo será cabal si se admite la siguiente confidencia, que brota del más profundo sentimiento, de la raíz misma de la vocación profesional.

Abordar, con nombre y apellido, esta delicada cuestión no me hace perder la conciencia de que el periodista debe detener su paso ante el umbral de la intimidad de aquellos de quienes se ocupa.

Porque es falsa la folklórica afirmación que pretende que “la vida privada de una persona pública, también es pública”. Larvado criterio que alimenta a los perversos amarillismos de siempre.

Estas respetuosas líneas encuentran dos razones de ser: una, en el propio Uby, quien lanzó su historia, aun distorsionada y

contradictoria, a los cuatro vientos; otra, porque llegué personalmente al hartazgo con tanto sensacionalismo subalterno.

Desde la cámara de TV, el micrófono y la cuartilla blanca, trincheras impuse cuando lo esgrimen los ganapanes adocenados o ideólogos a la violeta: a Uby se lo puso en la picota, destacando supuestos perfiles que van de la delincuencia al vicio, pasando por distintos niveles de degradación.

Uby no encaja en tales adjetivos. Ni los merece.

El ex campeón es un muchacho con dificultades.

Y por alguien así se debe tener piedad.

Además, al afectado hay que tratar de ayudarlo en relación con su padecer, y no haciendo escarnio de sus proceder confusos, sus incoherencias económicas, o difundiendo supuestas *primicias exclusivas* respecto de sus actos. Y menos calificándolo de mentiroso porque afirmó haber dejado la droga o prometió futuros logros, incluidos los del boxeo...

Quien se haya asomado con seriedad a esta compleja problemática sabrá que un adicto no materializa sus expresiones de deseo, que son generalmente auténticas, porque no están al alcance de sus inseguras manos de circunstancial *discapacitado emocional*.

Que eso es Uby. Un carenciado afectivo. Aunque no lo haya descubierto. Cosa que admitirá en cuanto trate de buscar el porqué de sus inconsecuencias en el plano de los vínculos.

Es obvio que entre estos párrafos hay algunos que se desprenden de la obligada consulta profesional, que transferimos al lector con la medida y responsabilidad que el tema impone.

En la mayoría de los casos, el drogadicto es una persona portadora de un carácter profundamente alterado, lo que se debe a un desarrollo insuficiente, a la no evolución normal de su personalidad. En un análisis retrospectivo, seguramente se advertirá en él que no creció avanzando por las pautas de conducta adecuadas a cada edad. Descontado que o tuvo dificultades de aprendizaje o registró problemas de comportamiento en la escuela. Desde pequeño exhibió sus desajustes a dos puntas: o fue

pasivo o fue impulsivo. De allí que arrastre, desde la primera infancia, heridas que no han cicatrizado y penas que lo acucian.

Posteriormente, esa inmadurez se mostrará en tendencias *narcisistas* (el sujeto busca que todo gire en derredor de él) y *autodestructivas* (en el fondo, todo drogadicto se está destruyendo, se está matando lentamente). De allí esa exigencia personal de “vivir el presente” del modo más agradable y relumbrante.

El drama mayor del drogadicto es que no ha logrado descubrir el sentido de la vida. Por eso, evitar la realidad es una constante en él. Porque no tiene capacidad para afrontar tensiones y ansiedades, y se refugia en mecanismos de evasión, de negación, de imaginación fantasiosa.

Todas estas características van ratificando lo dicho al comienzo: el drogadicto sufre conflictos más profundos de lo que se cree. Por eso, al indagar las causas por las que un chico cae en tan penoso despeñadero, hay que tener en cuenta éstas: a) grupo familiar inestable, que no permite vínculos normales; b) prejuicios de clase y dependencia social; c) carencias afectivas; d) exceso de indulgencias y permisividad en la infancia y adolescencia; e) dificultad para hallar una figura parental ideal con la cual identificarse; f) alteraciones psicopatológicas preexistentes (lo que aparece como la gota que rebalsa la copa es la droga, pero debajo de eso hay un colchón de componentes enfermos previos: ¡ahí está el origen del estigma!).

No deje de subrayarse que, en el mundo actual, de matices tan controvertidos socialmente, se ha desarrollado una filosofía individualista, de extremo egoísmo, que sitúa la felicidad en el triunfo personal, en la huida del dolor. No se apunta a la trascendencia y se postergan valores morales y religiosos.

Si la familia es víctima de esas circunstancias, no es de extrañar que se engendren con frecuencia hijos enfermos que apelen, a modo de tangente de fuga, al mísero hábito de la droga.

¿Que cuál es el diagnóstico que corresponde a Uby? ¿Y cuál de estas descripciones le va? Únicamente un psiquiatra podrá dar respuestas en diálogo con él, y tenderle la mano idónea de la solidaridad transparente y afirmativa.

Que la policía se quede con lo hecho.

Que la Justicia siga trenzando su hilado.

La salud provendrá de otra fuente: la medicina especializada.

En el corolario, a este hombre a quien conozco de chiquilín quisiera recordarle un viejo aforismo: “El día en que las desgracias hayan aprendido el camino de tu casa, múdate”.

Lo hago para que se vaya de Mar del Plata ahora que es libre de hacerlo. Siquiera durante el tiempo que demande la recuperación. Que se vaya de la ciudad cuyos callejones más oscuros se han convertido, para él, en un círculo vicioso de ocio, vaciedad y recaídas.

Del mismo modo le digo que “conocer las cosas que a uno lo hacen desgraciado ya es una especie de felicidad”, especialmente si uno tiene agallas para tomar distancia de ellas.

Como dice Séneca, “no podemos evitar las pasiones, pero sí vencerlas”.

La culpa, Uby, no está en el sentimiento, sino en el consentimiento. Un boxeador como vos, que alguna vez estuvo contra las cuerdas y supo emerger, puede ganar esta otra pelea...

Sólo hay un remedio para los propios padeceres y errores: reconocerlos. Un paso más allá de ese gesto de grandeza para vos mismo, siempre habrá una verdadera mano amiga y hasta un ámbito adecuado para reflexionar, para salir de esa avenida crepuscular de las angustias. Quizá sólo te falte querer cambiar.

EL AUTOR

Reconocido periodista del tema deportivo y en especial boxístico, Ulises Barrera es porteño y egresó de la Escuela Superior de Periodismo del Instituto Grafotécnico y del Instituto Argentino de Estudios Sociales (Iades). Discípulo y ayudante durante doce años del doctor Enrique Pichon Rivière, con quien estudió psicología social, cursó asimismo las carreras de Derecho y Sociología, sin haberlas terminado.

Integró las redacciones de los diarios *El Mundo* y *El Siglo* y de la revista *Mundo Deportivo* y colaboró en unos 80 periódicos de distintos lugares del país, así como en varias de las más prestigiosas revistas de esta ciudad. Participó en numerosos programas radiales y televisivos y dirigió la revista *Boxing*. Autor juvenil del libro *Puños olímpicos*, ya en la madurez se propuso aportar un testimonio esencial acerca de sus vivencias en el mundo del boxeo por medio de un libro sobre Carlos Monzón que hubo de titularse *Diez rounds con Monzón*, pero que quedó inconcluso debido a la trágica muerte del notable pugilista, y algunos de cuyos fragmentos se rescatan en esta publicación.

Profesor y director de la Escuela de Periodismo Roberto Arlt, Barrera ha ejercido la docencia en el Círculo de la Prensa, en el Círculo de Periodistas Deportivos y en el Instituto Grafotécnico. Tuvo a su cargo la organización de seminarios en las universidades nacionales de Tucumán y de Santiago del Estero y fue asesor de la Secretaría de Estado del Menor y la Familia y director general de Asistencia y Promoción de la Comunidad de la Municipalidad de Buenos Aires; en la actualidad se desempeña como asesor de la Secretaría de Deportes de la Nación. Desde el año pasado es miembro de número de la Academia Nacional de Periodismo.

ÍNDICE

Discurso del doctor José Claudio Escribano	11
Periodismo y empatía	15
Páginas de mi Archivo (I)	31
Preliminar de <i>El libro de Monzón</i>	33
Primer <i>round</i>	37
Páginas de mi archivo (II)	47
Los Gozos y las sombras (Uby Sacco)	49
El autor	53

OTRAS PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO

- Boletines N°s 1 a 10 (1997 a 2001)
- *Presencia de José Hernández en el Periodismo Argentino*, por Enrique Mario Mayochi, 1998
- *Guía Histórica de los Medios Gráficos Argentinos en el siglo XIX*, 1998
- *El Otro Moreno*, por Germán Sopena, 2000
- *Orígenes Periodísticos de la Crítica de Arte*, por Fermín Fèvre, 2001

Se imprimió en Impresiones Dunken
M. T. de Alvear 2337 (1122) Buenos Aires
Tel. fax: 4826-0148 y 4826-0141
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar
Julio de 2001

